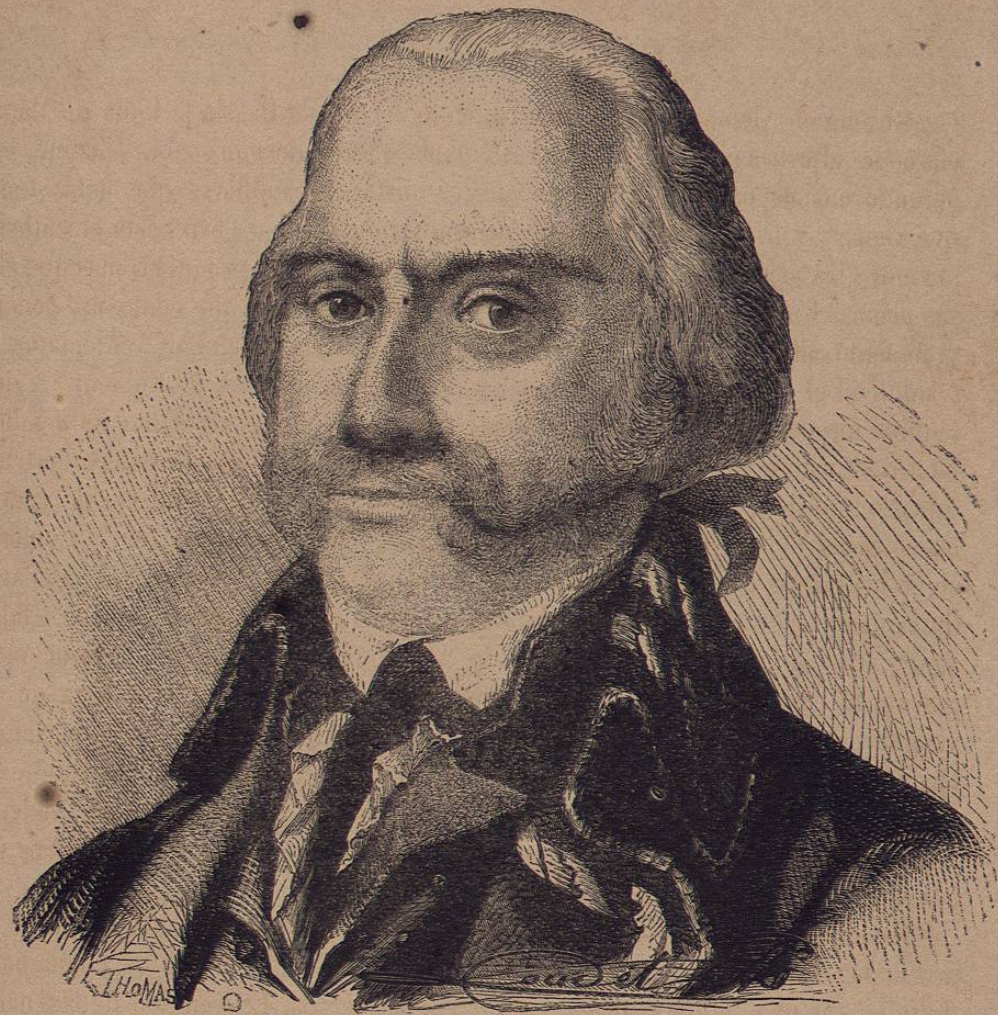


el ardor de mis soldados.» Maguncia pedía se reconociese su neutralidad por precio de su rendición. Custine se negó á prejuzgar nada de lo que resolviese la república, pero juró que Francia no quería otra conquista que la de la libertad de los pueblos, y las puertas se abrieron.

## VI

Resonó en Alemania y en el campamento del rey de Prusia la toma de Maguncia como el estruendo de la misma Alemania que se desmoronaba. Custine, exagerando en sus partes á la Convencion los obstáculos militares que habia tenido que vencer, y transformando las negociaciones en asaltos, llevó hasta el entusiasmo entre los jacobinos un triunfo que era el de nuestras ideas mucho más que el de sus armas. Entró en Maguncia más bien como un apóstol que como un general, y fomentó allí el foco revolucionario con que queria incendiar á Alemania. Se olvidó con el triunfo de su conquista, y descuidó apoderarse de Coblenza y de la temible fortaleza de Ehrenbreitstein, que estaba entonces desarmada. Esta indecision de Custine impidió á Francia que recogiese en un ejército entero destruido ó prisionero de guerra el fruto del pensamiento de Dumouriez. En vez de ceder á los consejos de su estado mayor, que le mostraba á Ehrenbreitstein y Coblenza como las hocas caudinas de la coalicion, Custine se dejó arrastrar á la ocupacion de Francfort por el cebo de los grandes tributos que recogeria en aquella ciudad, capital de las riquezas comerciales de Alemania. Sin ninguna declaracion de guerra, el teniente de Custine se presentó el 22 de Octubre á la cabeza de una vanguardia á las puertas de Francfort, y pidió entrar. Los magistrados parlamentaron, cedieron á la fuerza, y Custine pidió una contribucion de cuatro millones. Francfort, ciudad neutral y republicana, no daba más pretexto á aquella violencia que su debilidad. Aquellos despojos marchitaron la popularidad de nuestros primeros triunfos al otro lado del Rin.

Después de la ocupacion de Francfort, Custine envió sus destacamentos y sus proclamas contra las posesiones del landgrave de Hesse. «Pueblos de Alemania,—decia en sus manifiestos el general frances,—declaraos. La reunion de las naciones sea un ejemplo aterrador para todos los déspotas, y una consoladora esperanza para todos los pueblos que gimen bajo el yugo de la tiranía. Y tú, monstruo,—dice dirigiéndose al soberano mismo,—monstruo sobre quien se habian reunido desde hace mucho tiempo, semejantes á nubes negras, presagios de la tempestad, las maldiciones de la nacion alemana: tus soldados, de quienes has abusado, te entregarán á la justa venganza de los franceses. No les escaparás. ¿Cómo sería posible que se hallase un pueblo que concediese asilo á un tirano como tú?» Era la tribuna de los Jacobinos, resonando al otro lado del rio por la boca de un general frances. Custine, con su audacia, con su lenguaje, con su exterior marcial y popular, se miraba como el propagador armado de los principios republicanos; pero la expoliacion de Francfort quitaba á sus palabras todo lo que tenian de seductoras. Alemania, que abria sus brazos al libertador, no queria un conquistador y ménos un expoliador. El entusiasmo encendido por las doctrinas francesas se amortiguó bajo los piés de los soldados. El rey de Prusia, justamente alarmado por la invasion de Alemania, renunció con todo ahinco el pensamiento



CUSTINE.

de separarse de la coalicion y hacer pactos con Francia; se puso de acuerdo con el duque de Brunswick, igualmente irritado por tanta audacia, y con los príncipes del imperio. Cincuenta mil prusianos y hessianos, reunidos con precipitacion en la orilla derecha del Lahn, se concentraron para operar contra Custine y libertar á Francfort.

Todo el imperio se conmueve; las proclamás republicanas de Custine y el decreto de la Convencion aparecen como otras tantas declaraciones de guerra á los ojos de los príncipes de la Germania, respondiendo á ellas la Dieta con una declaracion unánime de guerra á Francia. Aquélla ordena se haga un contingente triple de tropas, esto es, de ciento veinte mil hombres. El rey de Prusia, en su cualidad de elector de Brandeburgo, anuncia tres dias despues que va á hacer marchar un segundo ejército sobre el Rhin. Al ver aquella explosion de las soberanías alemanas, Custine, omnipotente en la Convencion por medio de los jacobinos, manda á Biron que le envíe de Alsacia un refuerzo de doce mil hombres. Manda al mismo tiempo á Beurnonville, que habia reemplazado á Kellermann en el Mosela, marche á reunírsele por el electorado de Tréveris. Mientras se llevan á cabo estas medidas, el ejército prusiano y un cuerpo frances se forman en batalla junto á los muros de Francfort, como para disputarse aquella presa. Quedan dos mil hombres inactivos y expuestos en la ciudad, se aguarda el combate; pero el duque de Brunswick, que manda los prusianos y los de Hesse, continúa negociando sordamente y previniendo todo choque decisivo. El jóven diplomático Felipe de Custine, hijo del general en jefe, tiene una entrevista secreta con el duque de Koenigstein; el príncipe y el negociador se conocian desde hacía mucho tiempo. El jóven Custine era el que habia llevado un año ántes al duque de Brunswick el ofrecimiento del mando general de los ejércitos franceses. Ambos sabian ocultar pensamientos secretos bajo los papeles oficiales que representaban. Compromisos serios entre Prusia y Francia no entraban en las miras del duque de Brunswick. Custine, negociador más prudente que su padre, queria, como Danton y los girondinos, conservar siempre una posibilidad de reconciliacion entre Prusia y la república. El resultado de esta entrevista prueba el pensamiento de los dos negociadores.

Los franceses evacuaron á Francfort. Esta retirada sin combate de un campo de batalla escogido á su placer y atrincherado, y aquel abandono de Francfort, se explican por estas secretas inteligencias. El rey de Prusia, siempre inclinado á la paz con Francia, queria sólo aquello que fuese indispensable para no hacer traicion á la causa de los tronos y á la causa de Alemania. Los franceses querian contentarle combatiéndole.

## VII

Habia favorecido hasta entónces Inglaterra con sus deseos el movimiento revolucionario. El pueblo inglés y el gobierno británico parecian estar de acuerdo en desear la fundacion de la libertad constitucional en Paris: el pueblo inglés, porque la libertad es su naturaleza y porque tiene por causa propia la causa popular en todo el universo; y el gobierno británico, porque la libertad es borrascosa y porque las tormentas que la fundacion de la libertad debia inevitablemente suscitar en

Francia, y por Francia en todo el continente, no podían menos de abrir á la intervencion diplomática de Inglaterra una carrera más vasta é influencias más decisivas en los negocios de Europa. Sin duda tambien un cierto sentimiento de venganza nacional debía regocijar al gabinete de Lóndres al ver las agitaciones de Paris, los apuros del trono y la precipitada decadencia de la casa de Borbon. Además de la larga rivalidad que hacía, desde ya tres siglos, de Inglaterra y de Francia los dos contrapesos decisivos del mundo, estaba en la naturaleza del corazon humano que el gabinete de Lóndres viese con satisfaccion abatirse y desmoronarse en la persona de Luis XVI un soberano que habia enviado socorros á América, cuando la guerra de su independencia.

A estos motivos de satisfaccion secreta del gabinete inglés preciso es añadir el temor que la marina francesa inspiraba á los ingleses en los mares y en sus posesiones de las Indias Orientales. La marina francesa debía debilitarse durante una crisis revolucionaria, que emplearía todas las fuerzas y todos los tesoros de Francia sobre el continente. Sin embargo, el gabinete de Lóndres habia conservado hasta entónces una actitud de observacion y de neutralidad más bien favorable que hostil á la revolucion. No sólo exigía esta actitud el temor de que una gran coalicion de las monarquías del continente triunfase sin ella de Francia y la borrase del mapa de las naciones, sino que se la imponía tambien aquel poder de la opinion que reina más que los reyes en los países libres, y que toma á las claras partido por el pueblo contra la monarquía absoluta y la iglesia destronadas. El odio al catolicismo no era ménos popular en Inglaterra que el amor de la libertad política: aquel pueblo de pensadores miraba como la causa de Dios y del espíritu humano una revolucion que emancipaba los cultos y la razon. Sin embargo, la aristocracia inglesa principiaba desde la muerte del rey á fraternizar con la emigracion francesa, y se formaban dos partidos en el Parlamento británico.

Estos dos partidos estaban representados por dos jefes que les hacían luchar con su elocuencia en el Parlamento: Pitt y Fox. Un tercer orador, tan poderoso por el genio, por la pluma y por la palabra, habia tenido algun tiempo indecisa la balanza entre los dos; principiaba á separarse de la causa popular, á medida que se manchaba con la anarquía y con la sangre, y á afiliarse al lado de la aristocracia y del trono: era Burke. La influencia personal de los individuos es tal en los países verdaderamente libres, que estos tres hombres agitaban ó pacificaban á Inglaterra con un solo movimiento de su imaginacion.

Pitt, entónces de edad de treinta y tres años, gobernaba ya hacía diez su país. Hijo del más elocuente de los hombres de Estado modernos, lord Chatham, Pitt, segun ya hemos visto, recibió como por derecho de herencia de genio en su familia facultades tan grandes como las de su padre. Si el primero, Chatham, tenía la inspiracion, el segundo tenía el carácter de gobierno. Ménos á propósito para seducir, pero más para dirigir; ménos elocuente, pero convenciendo más que su padre, Pitt personificaba mejor que nadie en él aquella voluntad orgullosa, paciente y continua de una aristocracia reinante que defiende su poder y que prosigue en su grandeza con una obstinacion que recuerda la eternidad del senado de Roma. Pitt se habia apoderado del gobierno en uno de aquellos momentos desesperados en que la ambicion que conduce al poder se parece al patriotismo que se lanza á una brecha para perecer ó salvar la patria. Inglaterra estaba en el último grado de aba-



Ejecucion de Luis XVI.—Pág. 311.

timiento y de humillacion, y acababa de firmar una paz vergonzosa para ella con Europa. Los franceses eran sus rivales en las Indias, América se le escapaba, nuestras escuadras le disputaban los mares; la mayoría de la Cámara de los Comunes, corrompida por los ministerios anteriores, no tenía ni el patriotismo suficiente para salvarse á sí misma, ni la disciplina necesaria para aceptar un dueño. Pitt, no habiendo podido ganarla, tuvo la audacia de combatirla y la felicidad de vencerla, haciendo un llamamiento á la nacion. La nueva Cámara se sometió á él, y en diez años habia pacificado las Indias, reconquistado diplomática y comercialmente la América, templado la irritacion sediciosa de Irlanda, restablecido la hacienda, concluido con Francia un tratado de comercio que imponía á la mitad del continente el tributo de los consumos ingleses, y en fin, arrancó á Holanda á la proteccion de Francia, é hizo de las Provincias Unidas un apéndice de la política británica en tierra firme. Su país, reconocido, aplaudía su administracion y tenía una entera confianza en la mano que tanto habia levantado la nacion. Los sentimientos personales de Pitt respecto de la revolucion francesa, aunque poco favorables á las agitaciones democráticas, que son las tormentas de los hombres de Estado, hasta entónces nada habian influido en su política. Nunca turbaban las pasiones su inteligencia, ó más bien habia convertido todas sus pasiones en una sola, que era la grandeza de su país. Jorge III, amigo de Luis XVI, no hubiera

permitido á su ministro declarar la guerra á Francia en un momento en que aquélla podía complicar los apuros del rey que amaba. Es falso que el gobierno inglés haya suscitado á precio de oro los tumultos revolucionarios de París: la libertad francesa, áun en sus convulsiones más terribles, jamás tuvo necesidad de ser pagada por Inglaterra. El alma de Jorge III, de lord Stafford, del canceller Thurlow y del mismo Pitt hubiera repugnado emplear tan vergonzosas excitaciones contra un soberano que tenia que lidiar con su pueblo. Empero Pitt no hubiese sacrificado á su conmiseracion por Luis XVI un minuto ó una ocasion que se ofreciese á la fortuna de su país. Preveía esta ocasion, tenia el presentimiento de la caída más ó ménos próxima de un trono minado por tantas pasiones desencadenadas; sabía que los principios de la revolucion francesa inspiraban tanto temor como antipatía al rey y á la masa de la aristocracia de Inglaterra; se preparaba á la guerra para el tiempo en que le pareciese quererla el rey, sin deseársela ni adelantársela. Este tiempo se acercaba, y Burke lo decia ya en el Parlamento.

Ya se ha visto que los constitucionales y los girondinos, Brissot y Narbona, de acuerdo sobre un mismo pensamiento, enviaron diez y ocho meses ántes de esta época á Mr. de Talleyrand á Lóndres, para recordar la revolucion de 1688 y ofrecer á Pitt la renovacion del tratado de comercio de 1786. A este precio, Luis XVI, los constitucionales y los girondinos esperaban comprar, si no la alianza, al ménos la neutralidad del gabinete inglés. Estos dos partidos, los constitucionales y los girondinos, que querian entónces la guerra con el continente para dirigir hácia las fronteras las tormentas que amenazaban la Constitucion de París, tenian necesidad de neutralizar á Inglaterra. Escogieron para negociar con Pitt el diplomático más aristócrata y seductor entre los hombres que habian abrazado la causa moderada de la revolucion. Madama de Staël habia decidido esta eleccion, que era feliz.

## VIII

Empezaba entónces Mr. de Talleyrand á ocuparse de los asuntos que ha manejado, anudado y desanudado despues sin interrupcion durante más de medio siglo, y que sólo abandonó á su muerte. Tenia treinta y ocho años. Su delicado y fino rostro revelaba en sus ojos azules una inteligencia luminosa pero fria, cuya lucidez jamás turbaban las agitaciones del alma. La elegancia de su crecida estatura apénas era alterada por una deformidad corporal; cojeaba un poco, pero esta enfermedad se parecia á una indecision voluntaria de la postura de su cuerpo. Su destreza sabía cambiar en gracias hasta los defectos de la naturaleza. Este solo vicio de conformacion le impidió entrar en la carrera de las armas, á la que le llamaba su elevado nacimiento. Su talento fué la única arma que pudo emplear para abrir á su nombre una carrera en el mundo. Se habia enriquecido, pulido y aguzado para los combates de la ambicion ó para las conquistas de la inteligencia. Su voz era grave, dulce y sonora como la emocion oculta de una confidencia. Se conocia, al oírle, que era el hombre que hablaria mejor al oído de todas las potencias, pueblos, tribunos, mujeres, emperadores y reyes. Algo de sardónico en su sonrisa se mezclaba en sus labios á un visible deseo de seduccion; aquella sonrisa parecia indicar en él una segunda intencion de burlarse de los hombres agradándolos ó gobernándolos.

Nacido de una familia que habia sido soberana de una provincia de Francia ántes de la unidad del reino, y que ahora adornaba el trono, Mr. de Talleyrand habia sido dedicado á la Iglesia, como un estorbo indigno de la corte, para esperar allí las más altas dignidades del episcopado y cardenalato. Obispo de Autun, resto de la ciudad romana oculta en los bosques de Borgoña, el jóven prelado desdafiaba su silla; le repugnaba el altar, y vivia en París en medio de la disipacion y los placeres, en que la mayor parte de los eclesiásticos de su edad y de su rango consumian las inmensas dotaciones de su iglesia. Unido con todos los filósofos, amigo de Mirabeau, presintiendo muy próxima una revolucion cuyas primeras sacudidas harian caer la religion de que él era prelado, estudiaba la política, que iba á llamar á todas las grandes inteligencias á destruir y reedificar los imperios.

Elegido miembro de la Asamblea constituyente, desertó á propósito, pero con miramiento, de las opiniones y las creencias arruinadas, para pasarse al partido de la fuerza y del porvenir. Habia conocido que un nombre aristocrático y opiniones populares eran un doble poder, que necesitaba combinar hábilmente en su persona á fin de imponer á los unos por su rango y á los otros por su popularidad. Habia dejado su sacerdocio como un recuerdo importuno y como un traje incómodo; trataba de entrar en la revolucion por cualquiera puerta oculta. La medida y la reserva un poco tímida de su talento, que sólo tenia audacia en el gabinete y para la concepcion de pacientes designios, no le permitia subir á la tribuna, donde la palabra enérgica reinaba entónces. Mr. de Talleyrand se inclinó á la diplomacia, donde la habilidad y el manejo debian reinar siempre. La amistad de Mirabeau habia arrojado al morir sobre Mr. de Talleyrand uno de esos reflejos póstumos que las grandes notabilidades dejan tras sí sobre lo que sólo se les ha acercado. Su silencio lleno de reflexion y de misterio, como el silencio de Sieyes, imprimia cierto prestigio á su persona en la Asamblea. Este es el poder de lo desconocido, el atractivo del enigma para los hombres que les gusta adivinar. Mr. de Talleyrand sabía explotar admirablemente este prestigio; su palabra no entreabria sino por algunos rasgos raros y cortos el cubierto horizonte de su talento, con lo que parecia aún más profundo. Las medias palabras son la elocuencia de la reserva, y ésta era la de Mr. de Talleyrand.

Dependian con frecuencia sus opiniones de su situacion, y sus verdades no eran más que los puntos de vista de su fortuna. Indiferente en el fondo, como toda su vida lo ha probado, al trono, á la república, á la causa de los reyes, á la forma de las instituciones de los pueblos, al derecho ó al hecho de los gobiernos, éstos no eran á sus ojos más que formas móviles que toman alternativamente el espíritu del siglo ó el genio nacional de las sociedades, para cumplir tal ó cual fase de su existencia. Tronos, Asambleas populares, Convencion, Directorio, Consulado, Imperio, Restauracion ó cambio de dinastía, no eran para él sino expedientes del destino, y no les sacrificaba un dia más que la fortuna. Se preparaba en su imaginacion el papel de dichoso servidor de los acontecimientos; cortesano del destino, acompañaba la felicidad, servia á los fuertes, despreciaba los poco diestros y abandonaba á los desgraciados. Esta teoría le sostuvo cincuenta años en la superficie de las cosas humanas, precursor de todos los sucesos, flotando despues de todos los naufragios y sobreviviendo á todas las ruinas. Este sistema tiene un viso de indiferencia sobrenatural que coloca al hombre de Estado encima